

**DESARROLLO COMO IMITACIÓN
LA MARCHA VICTORIOSA DE LA RACIONALIDAD INSTRUMENTALISTA EN EL
TERCER MUNDO**

H.C.F. Mansilla

Hugo Celso Felipe Mansilla estudio ciencias políticas y filosofía en universidades alemanas. Recibió la *venia legendi* por la Universidad Libre de Berlín. Ha publicado algunos libros y ensayos sobre ecología política, tradiciones culturales y teorías evolutivas en Alemania, España y América Latina. Ha sido catedrático visitante en la Universidad de Zurich y es miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y correspondiente de la Real Academia Española. Co-editor de *Revista Occidental* (Tijuana, México), de *Law and Society* (Tübingen) y de *Estudios Interdisciplinarios* de América Latina y El Caribe (Jerusalem).

El reverso de la búsqueda de la identidad nacional

La mayoría de los procesos de modernización en el Tercer Mundo combina la adopción de valores metropolitanos de orientación colectiva –modernización y urbanización aceleradas, consumo masivo, tecnificación de la vida cotidiana– con la preservación de la cultura política tradicional y de pautas premodernas de comportamiento en las esfe-

ras familiar y espiritual. Esta mixtura, que ciertamente resulta exitosa para consolidar una identidad colectiva amenazada y anacrónica, es al mismo tiempo favorable para perpetuar prácticas y patrones irracionales y parcialmente totalitarios en nombre de una herencia cultural genuinamente propia y bajo el barniz de un designio progresista de desarrollo. Regímenes nacionalistas, populistas, reformistas y socialistas han reproducido la herencia autoritaria y han consolidado instituciones antidemocráticas y, al proceder así, han actuado de acuerdo a prejuicios profundamente arraigados e indudablemente populares del preconsciente colectivo. Sistemas consagrados al libre comercio y a la economía privada conviven igualmente con el legado autoritario en la esfera socio-política y descuidan *volens* la programática liberal en los terrenos político, institucional y cultu-

ral. La conjunción de autoritarismo practicado masivamente y de modernización parcial en la esfera técnico-económica puede ser considerada como el rasgo característico de la evolución histórica del Tercer Mundo en la segunda mitad del siglo XX, aunque este enunciado demasiado categórico y general –y precario como toda afirmación con pretensiones globales en ciencias sociales– quede relativizado por un número muy elevado de excepciones. Lo que se puede aseverar con cierta seguridad es que estos modelos de modernización autoritaria e iliberal gozan de la estima de las más variadas corrientes ideológico-políticas.

El reverso de los innumerables esfuerzos por rescatar una identidad colectiva válida, inconfundible y propia en medio de un mundo cambiante como es el globalizado del presente, consiste en el intento de revitalizar la herencia socio-cultural del autoritarismo (contraria al espíritu crítico) y, simultáneamente, de poner este legado al servicio de un desarrollo rápido basado exclusivamente en el progreso material y técnico, en una urbanización galopante y en una visión unilateralmente instrumentalista de la modernidad. Los aspectos positivos y a largo plazo valiosos que la Era Moderna trajo consigo en Europa Occidental –el sistema parlamentario de gobierno, el pluralismo de ideas, partidos y planteamientos, el libre desenvolvimiento de un espíritu abierto al conocimiento, a la crítica y a los métodos experimentales, la concepción sobre el valor irreductible e irremplazable del individuo, la libertad de prensa, el derecho a disentir, la conformación de una sociedad civil fuerte frente a un Estado con un comportamiento previsible– corren el riesgo de ser percibidos como algo foráneo, superfluo y dañino o de ser aceptados sólo de manera amputada y deformada.

La búsqueda de la nueva identidad colectiva tiene lugar en medio de complejas ambivalencias. El punto de referencia para la élite burocrática del poder, para los responsables de configurar la opinión pública y los contenidos de la educación popular y para la mayor parte de las clases medias no es la cultura autóctona, sino los símbolos, las normas y los valores encarnados en la cultura globalizada de las naciones del Norte. Todos estos segmentos sociales han sufrido un proceso más o menos largo de asimilación y aculturación, tomando como propios (en cuanto presuntos parámetros universales de evolución histórica) los patrones de orientación de una civilización que dicen combatir y despreciar. En medio de esta "disposición hacia una permanente esquizofrenia"¹, la consciencia colectiva en los paí-

¹ Bassam Tibi, *Internationale Politik und Entwicklungsländer-Forschung* (Política internacional e investigación sobre países en desarrollo), Frankfurt: Suhrkamp 1979, p. 181; cf. también la importante obra de Samuel Kodjo, *Probleme der Akkulturation In Afrika* (Problemas de la aculturación en Africa), Meisenheim: Hain 1973, cuyo autor presentó un interesante marco teórico para la comprensión de fenómenos actuales de aculturación en el Tercer Mundo. Una de las obras más importantes sobre esta temática es la de Bassam Tibi, *Die Krise des modernen Islams. Eine vorindustrielle Kultur im wissenschaftlich-technischen Zeitalter* (La crisis del Islam

ses periféricos intenta renovar su legado socio-cultural y contraponerlo al modelo irradiado desde los centros metropolitanos, pero con un resultado harto mediocre. Se trata, en el fondo, de culturas que se hallan a la defensiva dentro del universo del desarrollo científico-tecnológico de proveniencia metropolitana y, en muchos casos, ya en un decurso de franco deterioro. La resistencia contra la exitosa cultura occidental toma formas muy diversas, como la huida hacia un colectivismo arcaizante, el renacimiento de tendencias religiosas fundamentalistas, el surgimiento de grandes corrientes nacionalistas, populistas y socialistas de índole anticolonialista, el rejuvenecimiento de viejos cultos olvidados y la irrupción de movimientos indigenistas². Todos estos elementos apuntan al establecimiento de una alternativa de desarrollo pretendidamente más adecuada en lo que concierne a las necesidades, tradiciones y posibilidades del Tercer Mundo, más fiel al espíritu de las poblaciones respectivas y más sólida en lo relativo a la identidad colectiva que se quiere fundar o afianzar.

Lo problemático de estos ensayos reside en el hecho de que el choque entre la cultura occidental metropolitana y la aborígen del Tercer Mundo no ha conllevado, en la inmensa mayoría de los casos, una fructificación mutua de ambos modelos civilizatorios y ni siquiera una comunicación en un mismo plano de igualdad; aquella confrontación significó –por lo menos en la mayoría de los casos– una descomposición y una desmoralización de la sociedad más débil. Las élites de estas naciones experimentaron un rápido proceso de occidentalización y de adopción de pautas metropolitanas de comportamiento, mientras que los sectores populares perseveraron en sus valores y normas premodernas. Una de las consecuencias es la brecha entre la élite occidentalizada y modernizada (con inclinaciones tecnocráticas en sus sectores empresariales y burocráticos) y la masa de la población que generalmente permanece anclada en normas y valores de origen rural o, en todo caso, premoderno.

Las ambigüedades de la identidad colectiva se reflejan también en los individuos pertenecientes a la élite occidentalizada. La victoriosa civilización occidental ha despertado un enorme y complejo interés en todos los estratos sociales de las naciones del Tercer Mundo, interés que no es recíproco de parte de los centros metropolitanos. A pesar de los procesos de asimilación y aculturación, la élite occidentalizada del Tercer Mundo se siente discriminada individual y colectivamente y por ello es atraída par-

moderno. Una cultura pre-industrial en la era científico-técnica), Munich: Beck 1981.- Estas obras, pioneras en su campo, no han perdido vigencia.

² Sobre esta temática en relación a diferentes regiones del Tercer Mundo cf. entre otros: Bassam Tibi, *Die Krise...*, op. cit. (nota 1), p. 15 sq., 63 sq.; la obra clásica de David Apter (comp.), *Ideology and Discontent*, New York: The Free Press 1964; Michael C. Hudson, *Arab Politics. The Search for Legitimacy*, New Haven: Yale U. P. 1977; y el hermoso libro de Mario Vargas Llosa, *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, México: FCE 1996

cialmente por movimientos que intentan revitalizar las propias tradiciones. Pero como no puede identificarse totalmente con un legado percibido como inferior y anacrónico, esta clase social se encuentra a menudo en un estadio de inseguridad y vacilación que tiene rasgos de *anomia*: la adopción de los paradigmas occidentales puede tener lugar conjuntamente con el surgimiento de fuertes resentimientos contra el mundo occidental, lo que produce una atmósfera propensa a conflictos socio-culturales profundos y de difícil solución³. En esta esfera de una aculturación problemática, plena de momentos de anomia colectiva, es donde se originan los caudillos de movimientos fundamentalistas, nacionalistas, populistas y hasta revolucionarios: la nueva identidad nacional es vinculada tanto al renacimiento de una herencia cultural, cuya reconstrucción resulta siempre arbitraria, como a la consecución de un cambio social acelerado, cuyas líneas rectoras han sido predeterminadas por la evolución occidental metropolitana. Lo más preocupante de este fenómeno a largo plazo es la utilización irracional de la tecnología moderna y de los métodos contemporáneos de organización en pro de fines irracionales, totalitarios y anti-humanistas— Ghengis Khan con telégrafo, como llamó Karl Marx a este peligro que se ha dado en los tres continentes del Tercer Mundo y cuya manifestación más evidente es el fundamentalismo islámico radical. El nacionalismo en la mayoría de las sociedades de Asia, Africa y América Latina carece de los rasgos imperialistas y racistas que lo caracterizaron en Europa y abraza más bien aspectos de una ideología modernizante anticolonialista (según la cual los intelectuales y el Estado toman el papel que le cupo jugar a la burguesía europea en el primer proceso de acumulación de capital e industrialización), pero no está de ninguna manera inmunizado contra las tentaciones de un poder totalitario e irracional y contra la utilización antihumanista de las posibilidades técnicas de la actual sociedad globalizada. Las ideologías populistas, nativistas y nacionalistas representan, en momentos de crisis generales, formas más o menos autóctonas para la articulación de contenidos, demandas y resentimientos políticos y, por otra parte, un instrumento relativamente idóneo para absorber el potencial de protesta social y para movilizar las masas descontentas de acuerdo, empero, a parámetros convencionales. Estas ideologías seculares poseen la facultad de despertar y canalizar socialmente elementos de origen teológico-religioso y de efectuar durante los decursos de aculturación la transición de un modelo meramen-

³ Cf. el excelente estudio de Maria Mies, *Kulturanomie als Folge der westlichen Bildung dargestellt am Beispiel des indischen Erziehungssystems* (Anomia cultural como consecuencia de la educación occidental estudiada mediante el ejemplo del sistema educacional hindú), en: DIE DRITTE WELT, vol. 1 (1972), N° 1, pp. 26, 33 sq.- Mies llamó la atención acerca del hecho de que los sentimientos de anomia, patología social y resquemores culturales florecen con inusitada violencia dentro de algunas universidades consagradas a la divulgación del saber moderno de proveniencia occidental.

te pasivo-imitativo a uno activo-sincretista⁴ —que parece hoy en día ser la norma de los procesos de aculturación en América Latina—, pero aún así están alejadas de una visión colectiva de índole crítica en torno al pasado de la nación respectiva y a sus tradiciones autoritarias. Lo probable es, por consiguiente, que las nuevas síntesis socio-culturales exhiban una cierta originalidad y estabilidad, pero que no vinculen la nueva identidad con un espíritu crítico-democrático.

Las relaciones con el pensamiento occidental

A pesar del renacimiento de movimientos indigenistas y del continuado florecimiento de ideas revolucionarias anti-imperialistas y anti-metropolitanas, el pensamiento político e institucional latinoamericano se nutre de dos fuentes principales: de la tradición premoderna ibero-católica y de las tendencias tecnocráticas y utilitaristas que subyacen al exitoso desarrollo de los centros metropolitanos en el actual mundo globalizado⁵. Las grandes creaciones del Occidente europeo han pasado al Nuevo Mundo por un tamiz de economicismo, pragmatismo o instrumentalismo, dando como efecto una recepción acrítica, unilateral y parcialmente deformada de la modernidad y de sus parámetros. Estas aseveraciones se entienden como limitadas al campo de su variadísima aplicación práctica y no conciernen obviamente los afanes de eruditos, literatos y artistas; el sesgo utilitarista y tecnocrático que ha tomado la modernidad en América Latina —inclinación constitutiva de la misma modernidad— viene a ser mucho más pronunciado que en sus sociedades metropolitanas de origen y se manifiesta claramente en el ámbito de la cultura popular, en la configuración socialmente relevante de las metas normativas de desarrollo, en el funcionamiento real de las instituciones políticas y estatales importadas del Norte, en la readaptación sufrida por las grandes doctrinas socio-políticas en tierras del Tercer Mundo y en el destino experimentado por las universidades. La propensión a echar por la borda sus elementos críticos es inherente a todos los decursos de modernización que hasta ahora han tenido lugar en el planeta, pero

⁴ Sobre el nacionalismo en su variante como ideología modernizante cf. Bassam Tibi, *Vom Gottesreich zum Nationalstaat. Islam und panarabischer Nationalismus* (Del Imperio de Dios al Estado Nacional. Islam y nacionalismo pan-árabe), Frankfurt: Suhrkamp 1987, p. 30 sqq.; Tibi, *Der Islam und das Problem der kulturellen Bewältigung sozialen Wandels* (El Islam y el problema de la superación cultural del cambio social), Frankfurt: Suhrkamp 1985, p. 157 sq., 161

⁵ Sobre las ambigüedades de la globalización cf. los estudios críticos: Aníbal Quijano, *Colonialidad del poder, globalización y democracia*, en: TRAYECTORIAS. REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES (Monterrey), vol. 4, Nº 7/8, septiembre de 2001 / abril de 2002, pp. 58-90; Ulrich Beck, *Was ist Globalisierung?* (Qué es la globalización?), Frankfurt: Suhrkamp 2002; Dirk Messner (comp.), *Die Zukunft des Staates und der Politik* (El futuro del Estado y de la política), Bonn: Dietz 1998

es en las naciones periféricas donde su predisposición tecnicista se muestra más abiertamente y donde exhibe de modo más palpable sus aspectos negativos y hasta regresivos, que se derivan de una industrialización masiva pero carente de originalidad y proporción, de un ritmo demasiado rápido de urbanización y de un descuido casi premeditado de cuestiones ecológicas y demográficas, es decir, de una negligencia deplorable con respecto a una perspectiva humanista de largo plazo.

Los modelos de desarrollo predominantes en América Latina, entre los cuales hay que incluir necesariamente a la Revolución Cubana, deben ser calificados de imitativos debido a su dependencia en lo que atañe a los paradigmas metropolitanos: se han restringido a copiar los sistemas capitalistas o socialistas imperantes en las sociedades metropolitanas, con el agravante decisivo de que a estas reproducciones de segunda clase les faltan una racionalidad de los fines y un sentido del rumbo general de la evolución histórica.

El carácter imitativo del desarrollo latinoamericano actual debe ser visto en conjunción con la mencionada recepción unilateral de importantes fragmentos del pensamiento occidental. Se ha adaptado como genuinamente autóctono el precepto occidental de que los diseños humanos son *factibles* si hay la firme voluntad política de implementarlos y si se llevan a cabo las labores sistemáticas para preparar los instrumentos y dirigir de manera adecuada el proceso pertinente. Al mismo tiempo se difunde la concepción judeo-cristiana en torno a la desacralización de la naturaleza: el cosmos deja de ser un objeto de contemplación y admiración (con valiosas y perennes connotaciones estéticas, religiosas y morales) y se transforma en el mero substrato de recursos que puede y debe ser aprovechado hasta el último resquicio sin consideraciones ecológicas o conservacionistas. La consecuencia global es un ordenamiento económico, político y cultural con rasgos claros de imitación subalterna, carente de originalidad en las esferas decisivas de la vida moderna, especialmente en el campo de la economía, la tecnología y la organización empresarial e institucional, y, a causa de su falta de racionalidad a largo plazo, con el peligro de socavar su propio fundamento natural si persiste el ritmo actual de destrucción del medio ambiente y del crecimiento demográfico irresponsable.

La adopción de los paradigmas metropolitanos de desenvolvimiento socio-económico y de pautas de consumo de proveniencia occidental ha sido facilitada enormemente a partir de la Segunda Guerra mundial por las mejoras en el campo de las comunicaciones, por el incremento de los contactos personales entre individuos de la civilización industrial y de los países periféricos y por la ampliación de las oportunidades de educación superior. Las aspiraciones colectivas cada vez más altas en lo que concierne al nivel de vida, al consumo y a las distracciones conforman el fenómeno moderno de la *revolución de las expectativas crecientes*, que puede ser también definido como el anhelo colectivo de obtener lo más pronto posible los frutos de las sociedades altamente desarrolladas del Norte, frutos que

desde el interior de los países periféricos son vistos como reivindicaciones justas, deseables y obvias por casi todas las corrientes de opinión del espectro político-ideológico. Por las razones antes señaladas –y particularmente por la ausencia de una tradición cultural verdaderamente crítica–, la consciencia colectiva está abierta y simultáneamente sometida a los llamados *efectos de demostración* de un modo de vida supuestamente superior. El impacto de estos efectos ha sido singularmente fuerte entre los intelectuales, las élites políticas y empresariales y los estratos medios, y ha conducido a que la actividad primordial de estos grupos sociales esté centrada en torno a los conceptos mágicos de progreso y desarrollo, a que el crecimiento material se transforme en el criterio principal para juzgar todo proceso evolutivo (a pesar del lugar común que sostiene que el crecimiento cuantitativo no sería el deseado "desarrollo integral") y a que estas metas normativas hagan permisible el uso de cualesquiera métodos. Los resultados avasalladores de los efectos de demostración sobre la consciencia colectiva representan, en el fondo, *efectos de fascinación*⁶, ya que los modelos metropolitanos tienden a ser internalizados en cuanto absolutamente propios y las élites políticas (independientemente de su adscripción ideológica) fundamentan su legitimidad en la posibilidad de guiar el desenvolvimiento de sus respectivas sociedades hacia la consecución de metas normativas prefiguradas por las sociedades metropolitanas.

La propensión al instrumentalismo

El mundo natural y el contexto social pierden su intransparencia, su carácter mágico y sus connotaciones sobrenaturales mediante el desarrollo de la racionalidad instrumental, el establecimiento de reglas de juego previsibles, la configuración de la vida cotidiana basada en el principio de rendimiento y la organización capitalista de la fuerza laboral formalmente libre. Las sociedades del Tercer Mundo tienden a adoptar este sistema basado en la proliferación de espacios sometidos a la racionalidad de los medios, como se manifiesta de modo patente en la acogida extremadamente favorable que le ha sido deparada a la tecnología en todas sus manifestaciones. Los avances técnicos son percibidos en América Latina como hechos de validez universal, dignos de ser incorporados inmediatamente a las actividades productivas, distributivas y organizativas del país respectivo. Esta concepción en torno al carácter general de la tecnología contrasta con la opinión muy difundida de que la filosofía del racionalismo, el espíritu crítico, el genuino individualismo, el respeto inviolable a los derechos de la persona, el pluralismo ideológico y la libertad de expresión serían productos "meramente occidentales", circunscritos a un ámbito

⁶ Cf. la temprana obra de Torcuato S. Di Tella, *Populism and Reform in Latin America*, en: Claudio Véliz (comp), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres etc.: Oxford U.P. 1965, p. 48

geográfico y temporal restringido y, por lo tanto, de una validez relativa. Fenómenos de vigencia parcial no merecen, obviamente, que se les preste una atención demasiado intensa y menos aún que sean integrados dentro de los valores de orientación de la vida cotidiana y de los parámetros de la planificación del desarrollo. Lo realmente precioso de la civilización metropolitana es reducido así a una curiosidad "occidental" que hasta podría perturbar el núcleo de la propia identidad cultural en las naciones periféricas, sobre todo en el mundo islámico.

No sólo en América Latina, sino en otras zonas del Tercer Mundo está difundida la idea tácita (que rara vez es explicitada) de que es posible y deseable separar un invento técnico de su contexto científico de origen. La apropiación ávida de tecnologías civiles y militares, consideradas como productos "neutrales" de la inventiva humana y, por lo tanto, como libres de las peligrosas manías occidentales, sirve para tender un velo sobre la posible intención socio-política que subyace a numerosos intentos de modernización acelerada: la preservación de estructuras premodernas de tinte marcadamente antidemocrático, iliberal y antipluralista.

En los antiguos países socialistas del Tercer Mundo los procesos de modernización conllevaron una *desoccidentalización* del marxismo: sus aspectos emancipatorios y su crítica de los fenómenos de enajenación fueron desplazados casi totalmente por la admiración ciega con respecto a los avances tecnológicos, la construcción forzada de un sector estatal de la economía y la preponderancia de un partido omnipotente y omnisciente de iluminados, es decir por elementos que más bien estaban implícitos en las doctrinas de Engels y Lenin y no en la de Marx⁷. Parece verosímil la hipótesis de *Karl de Schweinitz*⁸, según la cual los decursos de modernización en las periferias mundiales exhiben una dicotomía sintomática entre el desarrollo técnico-económico, por un lado, y la consecución de democracia y libertad, por otro. La combinación de industrialización y democratización en el Occidente europeo durante el siglo XIX se debería a una constelación única de circunstancias históricas, cuya repetición no resultaría tan segura. Estas aseveraciones deben ser obviamente consideradas con toda cautela, ya que en las últimas décadas han tenido lugar en el Tercer Mundo (en Taiwan, Asia Sudoriental, Sudáfrica y particularmente en América Latina) algunos ensayos de modernización que han traído consigo un notable proceso de democratización y una respetable dosis de democracia

⁷ Cf. Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages*, New York: Viking 1971, p. 127 sqq. Sobre la modernización técnica de regímenes despóticos cf. las brillantes obras de Karl A. Wittfogel, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven: Yale U.P. 1967, passim; Umberto Melotti, *Marx y el Tercer Mundo*, Buenos Aires: Amorrortu 1974, pp. 122-227

⁸ Karl de Schweinitz, *Industrialization and Democracy. Economic Necessities and Political Possibilities*, Glencoe/Londres: The Pree Press 1964, pp. 10 sqq., 269-273, 276 sqq.

practicada. Pero en no pocos casos, los procesos acelerados de urbanización e industrialización han servido para consolidar el *logos* del poder: el principio de la eficiencia y la racionalidad calculadora, que conforman el núcleo de la modernidad, coadyuvan a organizar el dominio del Hombre sobre la naturaleza e igualmente a fortalecer la potestad de las élites gubernamentales sobre la población. *Max Weber* analizó el vínculo entre la creciente racionalización de todas las actividades humanas y la intensificación de las tendencias burocráticas en las administraciones públicas, llegando a la conclusión de que la expansión indefinida de los subsistemas de racionalidad instrumental podría terminar en la irracionalidad completa. La perfección técnico-administrativa significaría un poder político más eficiente e ineludiblemente más firme y consistente. La perfección burocrática produciría la "*jaula de hierro de la servidumbre*"⁹: un modelo dominacional inescapable, que aparte de sus excelencias administrativas ocasionaría una dilución de la dignidad y libertad individuales, el desalentamiento de toda alternativa auténtica y la pérdida de un sentido trascendente para el quehacer humano. Esta modernización está unida también a los muy difundidos designios de homogeneizar todos los ámbitos de la sociedad, las pautas de comportamiento y gratificación, las diferencias regionales, culturales y lingüísticas, la variedad de credos y religiones y hasta las curiosidades ideológicas. En el mundo globalizado la lógica de la efectividad propende, en su aplicación práctica masiva, a acelerar la decadencia de los vínculos primarios, a eliminar la agricultura de subsistencia y a transformar toda la esfera económica en un ámbito regido por normas universales. La modernización, tanto en las naciones metropolitanas como en las periféricas, fomenta una racionalidad instrumental que está centrada en la adecuación de medios a fines, pero que deja las metas mismas fuera de su análisis y crítica. La difusión de los subsistemas de racionalidad instrumental puede ir conforme con una expansión de objetivos irracionales y anti-humanos; la reducción de la razón a sus aspectos formal-técnicos origina un descuido de todos los aspectos que no pueden ser cuantificados u operacionalizados de modo funcional-instrumental. En medio de una tradición cultural que nunca estuvo demasiado imbuida por un espíritu crítico socialmente relevante, la modernización en el Tercer Mundo no parece favorecer un concepto de racionalidad que ponga la totalidad socio-política en cuestión, que analice la justificación de regímenes populistas y autoritarios existentes, que ponga en duda las bondades del poder y de los modelos

⁹ Max Weber, *Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland* (Parlamento y gobierno en la Alemania reorganizada), en: Weber, *Gesammelte politische Schriften* (Obras políticas reunidas), Tübingen: Mohr-Siebeck 1980, p. 332; Arthur Mitzman, *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid: Alianza 1976

del crecimiento perpetuo y que reflexione acerca del sentido de los decursos históricos y de las posibilidades reales de justicia y felicidad¹⁰.

Las limitaciones y los riesgos de una modernización centrada básicamente en torno a la acumulación, la industrialización y la urbanización y desprovista simultáneamente de una renovación democrática y cultural se manifestaron con toda claridad en los antiguos países socialistas. Mientras que en Europa Oriental se intentan modelos de democratización y pluralismo (con resultados muy diversos hasta ahora), muchas de las naciones socialistas del Tercer Mundo, herederas de una tradición autoritaria no analizada y menos aún puesta en cuestionamiento, perseveran en conservar estructuras casi totalitarias en los terrenos de las instituciones y las prácticas políticas. Cuba, Angola, Laos, Birmania, Cambodia, Vietnam, Corea del Norte y China representan ejemplos elocuentes de esa mixtura deplorable de modernización técnica y movilización social con hábitos milenarios de férreo control gubernamental sobre la población, la que es mantenida en un estadio de infantilismo político. Son *sociedades púdicas*¹¹, que cuentan además con una autoprotección hermética contra toda impugnación de su identidad: si se admiten errores, entran a funcionar inmediatamente los mecanismos de exculpación, los que siempre encuentran responsables exógenos de los fracasos (problemas del mercado mundial, la deuda externa, anteriormente las maquinaciones del imperalismo) o endógenos (pequeños grupos antisociales, los elementos antipartido, los socialmente inadaptados) –si es que la jefatura de turno admite graciosamente que han ocurrido errores y deficiencias. El régimen pudoroso que gobierna en China desde 1949 –y que es el más abierto de los arriba citados– impide por ejemplo un análisis público y socialmente relevante acerca de las causas profundas que motivaron la llamada Revolución Cultural Proletaria (1966-1976), causas que están conectadas con el autoritarismo general, que sin mengua alguna sigue siendo el rasgo característico de la política china desde los tiempos más antiguos del mandariato. En lugar de un examen radical de consciencia, el partido profiere echar la culpa por todo lo relacionado con la fatídica Revolución Cultural a la Banda de los Cuatro, justificando simultáneamente en su totalidad el modelo imperante desde 1949, el rol fundamentalmente correcto del partido y la buena intención de los gobernantes momentáneos. Como señaló

¹⁰ Sobre la diferencia entre una razón instrumental y una razón objetiva cf. Max Horkheimer, *Zum Begriff der Vernunft* (Sobre el concepto de la razón), en: Horkheimer, *Sozialphilosophische Studien* (Estudios social-filosóficos), Frankfurt: Fischer-Athenäum 1972, p. 47 sq.

¹¹ Oskar Negt, *Modernisierung im Zeichen des Drachen. China und der europäische Mythos der Moderne* (Modernización bajo el signo del dragón. China y el mito europeo de la modernidad), Frankfurt: Fischer 1988, p. 96 sq.

Oskar Negt¹², el Partido Comunista Chino comete faltas y hasta las corrige, pero jamás permite una investigación en torno a los condicionantes y los motivos de esos yerros. La propensión a descargar los desaciertos y la responsabilidad por esos errores sobre individuos y pequeños grupos más o menos aislados (que, además, han caído en desgracia) y la inclinación a correr el discreto velo del olvido sobre las causas reales de las equivocaciones y los malos logros se basan en antiguas tradiciones no debilitadas y más bien aprovechadas ampliamente por los comunistas en el gobierno, lo que contribuye a resguardar el carácter privilegiado y casi sagrado del poder y de sus detentadores.

Racionalidad instrumental y problemática ecológica

La preocupación en el Tercer Mundo y en América Latina por la temática ecológica es muy reciente y sin una resonancia pública y política correspondiente a su vital importancia. No existe prácticamente una conciencia colectiva crítica acerca de los riesgos que entraña a largo plazo la destrucción de la biosfera por el Hombre. Se ha discutido a partir de 1960 cuestiones del crecimiento poblacional, pero no así la conjunción de variables demográficas con aquellas de la devastación del medio ambiente, de la industrialización acelerada y de la urbanización exorbitante. Esta carencia tiene que ver con el grado aún relativamente reducido de la modernización como fenómeno global en los países periféricos, pero también con un legado socio-cultural que dificulta posiciones críticas y con paradigmas de desarrollo que prescriben casi obligatoriamente un ritmo muy rápido de crecimiento económico y hasta demográfico. Esta programática, aceptada por casi todos los sectores socio-políticos latinoamericanos, conlleva muy probablemente un aniquilamiento del bosque tropical, una contaminación sin precedentes de los ecosistemas y un peligro muy notable para la flora y fauna naturales. Ante la urgencia atribuida dramáticamente a todos los esfuerzos modernizantes, las consideraciones ecológicas –que pertenecen a la descuidada y trivializada racionalidad de los fines– se quedan en la esfera de lo subordinado y secundario. La inmensa mayoría de los testimonios publicados en torno a la percepción social de los recursos naturales transluce la idea de que América Latina es un continente potencialmente riquísimo en recursos de todo tipo, que los peligros inherentes a su explotación son mínimos, que la densidad demográfica sigue siendo en promedio muy baja y que el futuro bien encarado del Nuevo Mundo es fundamentalmente promisorio. Los obstáculos al desarrollo estarían en la penetración foránea (el imperialismo, la globalización, las coerciones del mercado mundial) o en una configuración negativa del área socio-política.

La comprensión de problemas del medio ambiente está ligada inextricablemente a la configuración de la conciencia colectiva y de la identidad nacional, una configuración que afianza los elementos de esa identidad

¹² Ibid, p. 97, 269

siempre precaria y, al mismo tiempo, dificulta un análisis socialmente relevante de sus implicaciones a largo plazo. Es por ello que puntos de vista ecológicos y conservacionistas se enfrentan en América Latina a obstáculos de proveniencia muy profunda, obstáculos que son paradójicamente los anhelos más caros de la comunidad. Uno de los factores más importantes para dar sentido y dirección a la identidad colectiva actual es la concepción de progreso y crecimiento materiales que subyace a toda idea contemporánea de evolución histórica: todo enunciado de un posible agotamiento de los recursos naturales a largo plazo y de probables daños irreversibles a los ecosistemas por medio de la mano del Hombre es visto con extrema desconfianza. Toda concepción que haga hincapié en el agotamiento de recursos y en la destrucción del medio ambiente en cuanto efecto lateral de la civilización tiende a ser percibida como antipatriótica, exagerada, sensacionalista, extranjerizante, anacrónica, irrealista, anticuada y enemiga del genuino progreso. La carencia de una tradición intelectual crítica y la adopción irrestricta de una modernidad restringida a la racionalidad instrumental se combinan para que la opinión pública trivialice la problemática ecológica o la juzgue como algo peligroso con respecto a las sacrosantas metas del progreso material. Ante la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente (Estocolmo, 1972) el entonces Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), *Galo Plaza*, declaró que las medidas para la protección de los ecosistemas representarían "un lujo" que las naciones latinoamericanas no deberían permitir¹³. Plaza reprodujo, sin saberlo, un lugar común de la consciencia colectiva del Nuevo Mundo a la que se adhieren *de facto* todas las tendencias importantes del espectro político. La negativa a percatarse de la situación real de los recursos naturales y del medio ambiente, por una parte, y la inclinación a restar importancia a todo planteamiento ecologista y conservacionista, por otra, forman dos aspectos de una mentalidad que se niega a aceptar el carácter finito del planeta y de sus recursos y que simultáneamente identifica un desarrollo bien logrado con el modelo de modernización completa encarnado en los países metropolitanos. El tomar en serio las limitaciones inherentes a todo territorio en lo concerniente a recursos y a ecosistemas en peligro conduciría a tener que rebajar cuantitativamente los objetivos modernizantes o a concebir modelos alternativos de desarrollo que no estén centrados en el progreso material, cosa que ninguna corriente política está hoy dispuesta a hacer.

La trivialización de la problemática ecológica es, por consiguiente, una porción indispensable de la consciencia colectiva latinoamericana; las excepciones se reducen a grupos marginales sin peso notable en el proceso decisorio político, aunque esta situación podría variar al empeorar de manera palpable la contaminación ambiental. En algunos países como México

¹³ Galo Plaza, Discurso ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio humano, en: AMERICAS (Washington), vol. 24 (1972), Nº 9, p. 3

y el Brasil han surgido movimientos de protesta con postulados ecologistas, que luchan ante todo contra la destrucción del bosque tropical y las consecuencias de la hiperurbanización, pero aún no han podido transformarse en actores socio-políticos con influencia relevante dentro del marco legislativo y administrativo de las naciones respectivas.

Una modificación de estas actitudes colectivas no debe excluirse en el futuro. La discusión en torno a asuntos demográficos ha mostrado la capacidad de cambio en algunas fracciones de la consciencia colectiva: hacia 1960 era totalmente normal y usual el suponer que los modestos programas de planificación familiar y los pocos llamados a refrenar la explosión demográfica constituían una agresión del imperialismo a la substancia vital de las sociedades; asimismo se creía que un incremento poblacional significativo proporcionaría un reforzamiento del poder político, institucional y militar de un país, una expansión altamente positiva de la fuerza laboral y del mercado interno y una consolidación de la identidad nacional (entre otras cosas porque una población cuantitativamente mayor facilitaría presuntamente la ocupación de todo el territorio y la explotación exhaustiva del riquísimo potencial de cada Estado). Hoy en día se ha difundido, por lo menos en medios intelectuales, un cierto escepticismo con respecto al crecimiento demográfico incesante, y ya no se ve la mano péfida del imperialismo en todo intento de reducir la tasa hiperexponencial de aumento poblacional. Las administraciones municipales próximas al colapso, la pésima calidad de los servicios públicos en las grandes urbes, las congestiones permanentes de tráfico, la criminalidad urbana sin solución, los problemas cada vez más complejos en los campos de la educación, la salud y la vivienda, el espectáculo pavoroso de los gigantescos barrios marginales y, en general, el descenso de la calidad de la vida en las aglomeraciones urbanas han coadyuvado a que surja un segmento de opinión pública que empieza a poner en duda las bondades de un desarrollo material basado mayoritariamente en factores cuantitativos.

Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que estas voces críticas no poseen aún la facultad de influir en forma tangible y efectiva sobre la opinión pública y la consciencia colectiva en las sociedades latinoamericanas; todavía es predominante aquel pensamiento compartido por socialistas radicales y por fieles seguidores de la Iglesia Católica que vislumbra en el crecimiento poblacional un signo de la salud y la virilidad del pueblo latinoamericano, que está orgulloso de tener en América Latina las aglomeraciones urbanas más grandes del planeta y que advierte en las gigantescas concentraciones humanas unos factores inmejorable para ocupar, explotar y desarrollar los espacios geográficos aparentemente inmensos y vacíos. Al igual que en el caso de la temática ecológica, aquí coinciden de modo fatal los anhelos del preconsciente colectivo (entre los cuales se hallan fantasías en torno a la potencia e impotencia sexuales de la comunidad), los valores normativos de la tradición ibero-católica en lo relativo a la vida familiar, las ilusiones habituales acerca de la riquísima potencialidad del

Nuevo Mundo y de sus brillantes perspectivas de desarrollo, la recepción acrítica e instrumentalista de la modernidad y finalmente el deseo de construir un orden social respetado en el concierto de las naciones, lo que significaría *in praxi* acercarse al nivel alcanzado por las grandes naciones metropolitanas del Norte.

Estas intenciones –cuyo análisis es indispensable para comprender las complejidades y los vericuetos de la identidad colectiva– se manifestaron claramente en aquellos testimonios intelectuales que fueron elaborados para demostrar las supuestas falacias de la literatura ecologista que tiene su origen en obras como *The Limits to Growth*¹⁴ y afines. Una parte considerable de estos esfuerzos ha intentado demostrar que no existen "límites al crecimiento" de ningún tipo y que más bien habría que hablar de las limitaciones del modo capitalista de producción; que el problema esencial del Tercer Mundo no residiría en cuestiones de recursos o de medio ambiente, sino en la configuración del poder político y en la modificación más o menos revolucionaria de la propiedad de los medios de producción, y que el futuro de América Latina se basaría precisamente en la expansión continuada de la producción industrial y agrícola, en la apertura de nuevas tierras, en la urbanización y en la utilización generalizada de la tecnología más avanzada¹⁵. Estas concepciones presuponen *a priori* un potencial riquísimo en suelos, recursos naturales y energéticos y facultades organizativas y, al mismo tiempo, la existencia de riesgos ecológicos mínimos. Es decir: en realidad estas doctrinas se basan en anhelos y aspiraciones comprensibles, en factores emotivos del preconsciente colectivo y en una visión optimista del futuro que ignora deliberadamente todo aquello que parece oponerse a los postulados normativos de la actual identidad nacional¹⁶. La situación ecológica y demográfica del Tercer Mundo es, en reali-

¹⁴ Cf. Dennis L. Meadows et al., *The Limits to Growth*, New York: Universe Books 1972; otro importante informe del Club de Roma: Mihajlo Mesarovic / Eduard Pestel, *Mankind at the Turning Point*, Londres: Hutchinson 1975

¹⁵ Helio Jaguaribe, *El equilibrio ecológico mundial*, en: PENSAMIENTO POLITICO, vol. XII, Nº 46, febrero de 1973, pp. 235-254; Josué de Castro, *El subdesarrollo, primera causa de la contaminación*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, vol. XXVI, enero de 1973, p. 22-28; Celso Furtado, *El Club de Roma — anatomía de un grupo de presión*, México: Síntesis 1980, passim; M. A. Ozorio de Almeida, *El mito del equilibrio ecológico*, en: EL CORREO DE LA UNESCO, loc. cit.

¹⁶ El llamado *Modello Bariloche* contenía una típica apología de las bondades irrestrictas de la ciencia y la tecnología (empezando por la energía nuclear), una clara propensión por el paradigma metropolitano de industrialización y modernización (a pesar de ser una obra inspirada en la crítica más severa al imperialismo), una creencia ingenua en la posibilidad de progreso técnico-económico ilimitado, la habitual suposición de un potencial riquísimo en recursos de todo género y la convicción de que toda frontera al crecimiento es de índole socio-política. Cf. Amílcar O. Herrera / Hugo D. Scolnik et al., *Grenzen des Elends. Das Bariloche-Modell: so kann die Menschheit überleben* (Los límites de la miseria. El modelo Bariloche: así puede

dad, muy diferente a la imaginada por estas visiones optimistas; el crecimiento poblacional de grado exponencial trae consigo una explosión demográfica de proporciones inigualadas en la historia universal (nada similar al modesto incremento que experimentaron las naciones ahora industrializadas al comienzo de su modernización), cuyas consecuencias a largo plazo pueden ser fatales para todos los ecosistemas de nuestra precaria biosfera. Los daños al medio ambiente en las periferias mundiales son mucho más graves que en los centros metropolitanos en lo concerniente a extensión, intensidad y ritmo¹⁷. La conciencia colectiva sigue, en cambio, pensando en los anticuados moldes del instrumentalismo utilitarista propio de la tradición cultural más pobre de Occidente: el futuro es imaginado como una mera prolongación del presente; los procedimientos y las tecnologías que han dado hasta ahora resultados técnicos más o menos aceptables son recomendadas sin más para los periodos venideros. Siguen siendo inconcebibles los efectos laterales negativos de la industrialización, el afán humano que más esfuerzos ha costado. Este tipo de pensamiento admite que el Hombre puede causar ciertos desarreglos ecológicos delimitados en el espacio y el tiempo, que determinados paisajes se convierten en desiertos por la acción humana y hasta que algunos recursos se van agotando paulatinamente, pero es incapaz de concebir que todo un país o hasta el planeta en su conjunto puedan estar en peligro. Se trata de esquemas mentales de índole convencional que consideran que la humanidad ha sobrevivido en el pasado a catástrofes naturales y a guerras, y que su capacidad de resistencia así como la facultad de regeneración de la naturaleza son infinitas. Este optimismo, predeterminado por el ansia de imitar a los centros metropolitanos, impide una percepción social realista de los recursos naturales con que cuenta cada país y una visión sobria en torno a los irreversibles desarreglos ambientales; fomenta además una clara subordinación de criterios ecologistas y conservacionistas a los imperativos de un desarrollo acelerado. Dado que la realidad ecológica es diferente de la que presume la conciencia colectiva (los suelos y bosques tropicales se hallan, por ejemplo, entre los ecosistemas más precarios y

sobrevivir la humanidad), Frankfurt: Fischer 1977, passim. Otro representante de la Teoría de la Dependencia admitió que factores demográficos pueden causar desarreglos ambientales, pero vio en los "estilos de desarrollo" el motivo central de ellos y supuso que medidas de orden tecnocrático bastarían para solucionar los problemas ecológicos. Cf. Osvaldo Sunkel, *Del medio ambiente al ambiente entero: bases para alternativas de desarrollo sostenible*, en: Gonzalo Martner (comp.), *El desafío latinoamericano. Potencial a desarrollar*, Caracas: Nueva Sociedad/UNITAR/PROFAL 1987, pp. 170-176

¹⁷ Sobre la tesis de que la destrucción ecológica en el Tercer Mundo representa una evolución histórica enteramente nueva (y, por lo tanto, incomparable) a causa del elevado grado de su extensión e intensidad de devastación cf. el temprano e interesante estudio de Manfred Wöhlccke, *Umweltzerstörung in der Dritten Welt* (Destrucción ambiental en el Tercer Mundo), Munich: Beck 1987 passim

más proclives a nivel mundial a una destrucción irreversible, y su rendimiento dentro del marco de la explotación agrícola es sorprendentemente bajo¹⁸), existe el peligro de que la modernización acelerada en América Latina socave literalmente los fundamentos sobre los que se asienta. La consciencia intelectual en el Tercer Mundo carece aún de un elemento de escepticismo histórico que es indispensable para comprender que las dificultades contemporáneas provienen también de los éxitos (y no tanto de los fracasos) del Hombre en la construcción de la civilización industrial.

El teorema del preconsciente colectivo

Las constantes alusiones a un preconsciente y a una consciencia colectivas en el Tercer Mundo y en América Latina en particular hacen necesario un esclarecimiento de los conceptos y de los fenómenos correspondientes. Creencias, prejuicios, anhelos e ilusiones acariciadas por grupos sociales más o menos extensos llegan a conformar los diferentes planos de una mentalidad o un espíritu supra-individual que pueden mantenerse en vigencia a lo largo de varias generaciones y que, por ejemplo, son parte esencial de la llamada cultura política de una sociedad determinada. Al lado de los niveles intelectualmente más elaborados, que pertenecen a la consciencia propiamente dicha (como los productos del raciocinio sociopolítico: doctrinas, teorías y pronósticos), se hallan postulados y suposiciones de carácter obvio y sobreentendido, que atañen singularmente a la esfera de las metas, las normas y los valores, esfera que, paradójicamente, se ha ido construyendo con elementos de índole menos discursivo-racional y más emotivo-espontánea. Estas suposiciones no son, generalmente, criterios adquiridos a lo largo de un proceso autónomo de reflexiones racionales, comparaciones analíticas y conclusiones lógicas, sino aspiraciones aceptadas y reputadas como valederas en un campo prerracional, que parece estar en un estadio intermedio entre la consciencia plena y el terreno de lo inconsciente e irracional.

Este preconsciente colectivo, llamado así en analogía a la psique individual, posee algunas de las características del *super-ego* personal: está constituido por las pautas de comportamiento, los valores de orientación y los ideales normativos que son impuestos o sugeridos al sujeto desde el exterior e internalizados durante un largo transcurso de naturaleza prelógica. No se trata, por ejemplo, de paradigmas evolutivos que hubiesen sido productos genuinamente propios de la mentalidad aborigen en las sociedades del Nuevo Mundo o de parámetros generados por medio de un sopesar crítico de diversas opciones de desarrollo, opciones ponderadas según su mayor o menor adecuación a las necesidades y posibilidades a

¹⁸ Sobre la destrucción de los bosques húmedos tropicales, que representa probablemente el aspecto más grave y de consecuencias severísimas a nivel mundial, cf. Wöhlicke, *ibid.*, p. 35; The World Bank, *World Development Report. Development and Environment*, New York: Oxford U. P. 2002, *passim*

largo plazo de los países del Tercer Mundo, sino de exigencias normativas surgidas dentro de la cultura y del desenvolvimiento de los centros metropolitanos. A causa de su internalización prelógica, estos valores y objetivos arquetípicos del preconsciente colectivo tienden a escapar –al igual que los del super-ego individual– a un análisis racional que cuestione su deseabilidad y utilidad según una racionalidad allende el instrumentalismo pasajero y en vista de sus posibles efectos negativos colaterales, puesto que han adquirido entre tanto la cualidad de lo obvio, engarzados, en estos casos concretos de paradigmas evolutivos, con una especie de ley natural de desarrollo histórico ineludible, válida para todas las naciones.

En la teoría psicoanalítica el super-ego constituye el punto de unión entre la sociedad y el individuo: las normas, las restricciones y los mandamientos sociales se manifiestan en cada persona mediante la actividad de la conciencia moral¹⁹. Estas normas son interiorizadas, como se sabe, sin una acción premeditada del propio sujeto, el que generalmente reconoce y respeta las prescripciones sociales que encarna el padre (u otras instancias supra-individuales de función similar), a pesar de la necesaria rebelión contra la potestad dominacional del progenitor (o de la respectiva autoridad política).

En analogía con esta tesis central del psicoanálisis, se puede postular la existencia de un modelo similar de actuaciones en el difuso terreno de la mentalidad colectiva. Las sociedades latinoamericanas, como muchas del Tercer Mundo, se rebelaron contra sus potencias coloniales y aún hoy en día no escatiman sus críticas contra las prácticas y las políticas públicas de los centros metropolitanos, pero, al mismo tiempo, han adoptado como propios los paradigmas evolutivos de la incriminada civilización occidental. El mecanismo de este proceso colectivo guarda semejanza con el individual: durante una larga época, las naciones del Tercer Mundo tuvieron que sufrir los efectos de una civilización expansiva a nivel mundial, cuya tecnología y cuyos métodos organizativos y militares fueron claramente superiores a los sistemas comparables de proveniencia autóctona. La dilatación exitosa de las potencias occidentales por todo el planeta quebrantó la identidad primigenia de las sociedades meridionales y ha hecho improbable su evolución orgánica posterior según sus esquemas inmanentes de desarrollo anteriores al contacto con el mundo metropolitano. En aquella era de dominación bajo el coloniaje paternalista surgieron los gérmenes de la actual ideología de crecimiento y progreso perpetuos, ideología que ha quedado internalizada en la mentalidad colectiva de las naciones colonizadas y que, con los requerimientos del tiempo, se ha transformado en los

¹⁹ Sobre esta temática cf. L. Oblitas Guadalupe / Angel Rodríguez Kauth, *Psicología política*, México: Plaza y Valdés 1999; Angel Rodríguez Kauth, *Temas y lecturas de psicología política*, Buenos Aires: EAL 1998, y las obras clásicas: Bruno W. Reimann, *Psychoanalyse und Gesellschaftstheorie* (Psicoanálisis y teoría de la sociedad), Darmstadt: Luchterhand 1973; Igor A. Caruso, *Soziale Aspekte der Psychoanalyse* (Aspectos sociales del psicoanálisis), Stuttgart: Klett 1962

paradigmas contemporáneos de modernización incesante, consolidación definitiva del Estado nacional y consumo masivo. Estas metas de desenvolvimiento histórico aparecen ahora desligadas de toda paternidad colonialista y más bien como respuesta de las "jóvenes" sociedades al "imperialismo" metropolitano y como resultado del desarrollo "natural" de las potencialidades inherentes a cada uno de los países periféricos. La relación con la figura colectivo-social del padre permanece para siempre en un estado de ambigüedad, lo que explica el círculo vicioso de identificación y desilusión que caracteriza el vínculo de metrópolis y periferias.

La instancia hipotética de un super-ego colectivo no debe confundirse con la concepción de un "alma colectiva nacional" o un "espíritu de masas" que englobe a toda una sociedad y que, al mismo tiempo, sea impermeable al desarrollo histórico. *Erich Fromm* señaló que no existe un alma colectiva, pues sólo los individuos son sujetos con cualidades y procesos psíquicos²⁰. *Sigmund Freud* rechazó la existencia de fenómenos similares porque esto equivaldría a reconocer la independencia de estos factores colectivos con respecto a los personal-individuales²¹. El preconsciente colectivo no representa la "esencia de la nación" ni otros rasgos pretendidamente esencialistas, definitorios e históricamente inalterables de las comunidades, como lo suponen las ideologías conservadoras (y la opinión popular), sino que denota patrones de comportamiento, valores de orientación, mentalidades socialmente difundidas y paradigmas de desarrollo originados en un mundo cultural diferente al del sujeto en cuestión: estos aspectos normativos exhiben el carácter de lo obvio y sobreentendido propio de las reglas interiorizadas en forma heterónoma, y poseen igualmente una connotación autoritaria y una validez prerracional que rara vez admite cuestionamientos. En todo caso, los contenidos específicos del preconsciente colectivo son fenómenos históricos (es decir: pasajeros) y sometidos en cuanto tales a las transformaciones más o menos rápidas que conlleva el desarrollo evolutivo. Ellos translucen las aspiraciones de las sociedades en determinadas fases históricas y en lo concerniente a campos específicos de la actividad humana. Freud vio en el super-ego la instancia que almacena rasgos históricos y que, a causa de su naturaleza supra-individual, encarna las tradiciones del pasado y los ideales del presente²². El atribuyó al super-ego un importante componente de proveniencia social, como el depósito del "ideal común de una familia, de un estamento y de

²⁰ Erich Fromm, *Sozialpsychologie und Gesellschaftstheorie* (Psicología social y teoría de la sociedad), Frankfurt: Suhrkamp 1970, p. 16

²¹ Sigmund Freud, *Gesammelte Werke* (SFGW = Obras Reunidas de Sigmund Freud), Frankfurt: Fischer 1967, vol. XIII, p. 94

²² Freud, *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* (Nueva serie de conferencias introductorias al psicoanálisis), en: SFGW, ibid., vol. XV, p. 194

una nación"²³. Freud sostuvo que la comunidad contribuye también a la formación del super-ego y que bajo la influencia de este último se lleva a cabo el desenvolvimiento de cultura²⁴; en este contexto postuló la existencia de un "*super-ego de la cultura*", el cual establecería exigencias ideales tan severas como el super-ego individual²⁵.

Las ambivalencias de la relación entre centros metropolitanos y periferias no pueden ser explicadas exhaustivamente por medio de la analogía entre una instancia paternal que determina las normas y un sujeto colectivo filial que se rebela contra ella y que, sin embargo, adopta como auténticamente propias esas reglas y aquellos paradigmas bajo el manto exculpatorio de que se trata de orientaciones y paradigmas de índole universal e históricamente ineludibles. Freud mismo, al hablar del subconsciente, atribuyó a todos los esquemas explicatorios la función de meras hipótesis de trabajo, subordinadas a la crítica y a la elaboración de teorías más adecuadas²⁶. Por otra parte, Freud impugnó la validez de modelos predeterminados para el ámbito de los decursos históricos, cuestionando ante todo la equiparación de procesos sociales con aquéllos para los cuales son aplicables las leyes naturales²⁷.

Este esquema analógico pretende únicamente llamar la atención sobre el hecho de que los valores de orientación en las grandes líneas del desarrollo, las pautas de gratificación y consumo y los aspectos conectados con la racionalización de la vida cotidiana, que las sociedades latinoamericanas estiman como autóctonos y casi obligatorios, han sido separados de su contexto de origen y, simultáneamente, puestos por encima de toda crítica, mientras se imputan casi todos los obstáculos al desarrollo a esas naciones metropolitanas; los afanes de la consciencia intelectual se reducen muchas veces a justificar y dar un aire contemporáneo de verosimilitud a esas aspiraciones del preconsciente colectivo, las que constituyen un caso dramático de fijación negativa con respecto a los logros del odiado y envidiado mundo metropolitano.

²³ Freud, *Zur Einführung des Narzissmus* (Introducción al narcisismo), en: SFGW, vol. X, p. 169

²⁴ Freud, *Das Unbehagen in der Kultur* (El malestar en la cultura), en: SFGW, vol. XIV, p. 501

²⁵ *Ibid.*, p. 502

²⁶ Freud, *Das Unbewusste* (El subconsciente), en: SFGW, vol. X, p. 274

²⁷ Freud, *Neue Folge...*, op. cit. (nota 22), p. 191